

LETRAS

Letrillas

LETRONES

CARTA DESDE NUEVA YORK BELLAS Y BESTIAS

1 Cuando bajé del tren que me traía de Harvard y salí de Penn Station a una, sucia, transitada, bajo un mar de ventanas, ruidosa calle de Nueva York casi di gritos de alegría. ¿Quién va a entender, si allá en Harvard había estado tan contento que me apesadumbré al salir? ¿Será el placer de lo diferente, siempre perceptible?

2 La hermosa actriz de cine Natalie Wood se mira en el espejo y hace un mohín. Estamos en Zuma Beach, California.

—¿Qué quieres de cumpleaños? —le preguntan.

—Quiero ayer, eso quiero, ayer —responde. Había advertido al contemplar su cara en el espejo, como la madrastra de Blancanieves, que el tiempo pasaba aprisa y no en vano.

Natasha Wood, sí, no era de origen latino, sino ruso (hablaba el idioma); su nombre era Natalia Zacharenko, entraba en el camino fatal de la hermosura: aspirar a detener el tiempo.

No mucho después cayó al agua de un yate, el *Splendour*, en la noche, y murió ahogada. Nadie sabe qué pasó, pero se documenta que esa noche había bebido mucho, cosa de ningún modo raro en ella por aquellos días.

Un fragmento de novela de Madame de Staël (pronúnciese, dicen los que

saben, stáil), titulado “Razones por las que Léontine de Ternan resolvió hacerse monja”, da comienzo con estos sonoros y contundentes acordes: “Fui alguna vez una mujer muy hermosa y ahora tengo cincuenta años de edad. Estos dos hechos por completo ordinarios han sido la causa de todo lo que he sentido en mi vida.”

Y ciertamente no gozar una belleza abrumadora en la juventud hace más sencillo y tranquilo eso que nunca puede ser ni es del todo feliz: envejecer.

3 Caminaba el otro día por el Lincoln Center, que es enorme, acababa de comprar unos boletos para una obra de teatro de Ariane Mnouchkine, la del envidiable teatro de la Cartoucherie de París, que se presenta en la Armory de Park Avenue en Nueva York, cuando oí que alguien que caminaba detrás de mí iba haciendo reproches a un acompañante.

—Ándale, no te atrases, tú siempre con tus cosas, eres agresivo pero de la peor especie: agresivo pasivo.

Seguían las recriminaciones a alguien que, silencioso, oía sin responder una palabra, en un admirable ejercicio de humildad, y yo comencé a sentir curiosidad de ver a quién se estaba dirigiendo el de la voz cantante, así que retrasé el paso y dejé que los otros me adelantaran.

Iban pasando y pude entender: habría sido milagro que el interlocutor respondiera porque era un perro, el hombre estaba hablando con su perro, un scotch terrier negro remilgoso y retobón, como se ve. Entendí al reprochador: había teni-

do un perro así, de nombre Timoteo, y nunca pude enseñarle nada.

—Tuve un perro como el tuyo, nunca aprendió nada, y no es que sean tontos estos animales, es que son necios —me explicó un entrenador de perros al que encontré cerca de la alberca de la Ciudad Universitaria.

Los americanos aman desmedidamente a los animales.

En la noche, terminaba de cenar unos chícharos en salsa roja, muy picosa, de comida hindú, cuando vi pasar a una mujer ya mayor que sacaba a pasear, en un carrito arreglado con cajas, a su pájaro en una jaula. Como otros muchos en la isla llevan perros a pasear, ella sacaba a su pájaro a dar la vuelta. Era el atardecer, la mujer era seria y poco amable, y el pájaro, una especie de loro pequeño, raro, muy colorido, hermoso y nunca visto, al menos por mí.

El amor a los animales está ligado, claro, a la soledad tan intensa en esta sociedad de individualismo radical (y también, creo, el consumo de sustancias enervantes, tan alto).

4 Nada dura para siempre, ni la gloria artística. De Francis Bacon, pintor admiradísimo, cuyos cuadros cuestan como oro molido y han ido a engalanar todos los museos, escribe ahora Jed Perl, crítico de arte de *The New Republic*, que, pese a la reñidísima competencia, estima que Bacon puede considerarse el peor pintor del siglo XX.

El museo metropolitano presenta una gran exhibición de este hoy discu-

tido maestro, muestra que ciertamente no ha levantado los elogios unánimes de otros tiempos, aunque nadie ha llevado tan lejos la crítica como Perl.

Perl publicó el año pasado un librito no sólo muy capaz, sino muy divertido sobre el inmenso maestro del siglo XVIII, Antoine Watteau. El libro es original: está dispuesto como diccionario. La primera entrada es actores: “las pinturas de Watteau están saturadas de la vida del teatro”; la última es Zeuxis, el más célebre de los pintores de la Grecia clásica, de quien se dice, pues no se conserva ninguna de sus obras, que “fue maestro de la atmósfera, de la luz de sol, de las sombras, famoso por un estudio de familia de centauros que era, tal vez, una primitiva escena pastoral”.

Bacon pintaba al revés, no construyendo, sino destruyendo, tachando furiosamente lo que llevaba pintado. Y en algún momento se detenía en esa masacre pictórica y el cuadro estaba terminado. —

— HUGO HIRIART

RETRATO AMARGOS DÍAS DE VIDIA

La vida en su espiral repite a veces ciertos puntos, aunque no sean los favoritos. Hace un tiempo Paul Theroux, escritor, buen fotógrafo y como tal compañero en aventuras patagónicas de Bruce Chatwin, hizo un cruel retrato escrito, *Sir Vidia's Shadow*, del al fin Nobel Vidiadhar Surajprasad Naipaul. Ahora Antonio Muñoz Molina comenta la nueva, implacable y “Authorized Biography” de Patrick French, que maneja documentos del escritor y el diario de su esposa Pat, fiel ayudante de él hasta su muerte, y que también lo fija como a un monstruo. Muñoz Molina se plantea si un biógrafo puede permitirse un retrato tan cruel de alguien que le ha puesto las armas en las manos. Y es un planteo ético muy correcto. Pero miro hacia cuarenta años atrás y pienso que nadie ha exagerado. Yo tampoco lo haré.

Vidia (reduzco su largo nombre hindú, como hacen sus amigos, si los tiene) Naipaul llegó a Montevideo en la década del 70, en una gira periodística relámpago, financiada por un diario inglés, que hizo roncha en varios puntos de América: algún semanario argentino destinó semanas a la publicación de las cartas de protesta de los lectores que se iban enterando de las fantásticas visiones a las que se conformaban las notas del hindú. Vaz Ferreira, casi secreto filósofo uruguayo, recomendó no leer obras completas y sobre todo no conocer a los escritores favoritos. Yo cumplí; creo haber leído *La pérdida de El Dorado* al tiempo que me angustiaba por saber qué ofrecerle de comer al autor; mi conocimiento fue casual y nunca fue mi favorito. En mi capítulo “cocina hindú” sólo aleteaba el curry y mi única seguridad era que la vaca no debía ser ni mencionada. Muchos años después leí *Miguel Street*, retrato de una calle de Trinidad y Tobago, familia por familia. Y claro, las imaginativas y malintencionadas notas de aquel viaje.

Todo empezó porque una profesora de inglés, embarcada en la tarea de pilotear a Naipaul, recién llegado de Chile, e inquieta por la charada inextricable a la que veía reducida su historia antes de Pinochet, pensó que Enrique, angloparlante y buen conocedor de la historia rioplatense, podía desecar el seguro pantano en que el veloz periodista iba a chapotear. Aquel, a su vez, pensó en Carlos Real de Azúa, que reunía las mismas condiciones, había sido su profesor y era un amigo siempre grato. Naipaul llegó a la velada instructiva puntual y acompañado por una argentina joven y correcta y para nosotros incomprensible en tal contexto. La había acopiado en Buenos Aires, junto con la convicción de que todos los iluminados edificios de aquella ciudad eran prostíbulos de lujo, servidos por las restantes argentinas. (Era una de las fantasías orientales que dieron lugar a las cartas ya mencionadas y nació, al parecer, de una necesidad, habitual y declarada, de Naipaul.)

Era invierno, y aunque ardía una gran estufa y nosotros nos asfixiábamos, Naipaul tenía frío. Lo abrigué con un



La divina garza Vidia Naipaul.

poncho. Parecía un gnomo asomado a la puerta de una carpa sioux, pero satisfecho. Todo fue sobre rieles, todos aceptaron comprensivos mi sancocho vegetal, hasta que minutos antes de las once de la noche, hora anunciada a la que el invitado iba a retirarse, se mencionó un libro y a Carlitos Real se le ocurrió que el ejemplar que teníamos era préstamo suyo y Enrique se lo llevó a la biblioteca para demostrarle que no, que era nuestro, mientras yo buscaba el abrigo de Naipaul. No creo que hayamos estado ausentes más de dos o tres minutos. Bastaron para la catástrofe. Al regresar oí los gritos del invitado, que se arrancaba, malagradecido y violento, mi poncho, asegurando al mundo que pretendíamos secuestrarlo. A mi llamado corrieron Carlitos y Enrique, pero ya el futuro Nobel estaba en la mitad de una calle solitaria —y muy fría— dando voces y la pobre argentina, muy elegante en su sacón mariner, lloraba como náufraga, con alternancias de pedir disculpas e intentar sosegar al gnomo.

Real de Azúa, ya abrigado, se dirigió a su auto. Pensando en la involuntaria huésped argentina, corrí hacia él, que me dijo: “Yo iba a llevarlo, pero ahora que se las arregle solo.” Era obvio. La locura y la mala educación no deben ser estimuladas. Tampoco el creerse la divina garza. Envié un adiós compadecido a la joven y entré en casa a enfrentar y calmar los pedidos de disculpa de la profesora de inglés, a la que convencí de que le debíamos una velada memorable y de que todos éra-

mos por igual culpables a los ojos de un loco, que en ese momento, si tenía suerte, caminaba en la dirección correcta hacia la avenida donde quizás apareciera un taxi. El frío podía calmarlo. Pero ella... Pobre, le serviría de experiencia.

Luego supe otras gracias de don Vidia. Una directora de teatro, escrupulosa y todo lo maniática que el género puede estilar, se enfrentaría, al día siguiente, al ensayo general de su Pirandello. Nuestro invitado había demostrado interés por ver teatro y habíamos logrado que ella, amiga nuestra, rompiendo sus reglas, aceptara su presencia. Pese a la escena nocturna, ellos se presentaron. A las once sufrió un nuevo ataque, se levantó con ruidosas protestas y se retiró sin saludar ni agradecer a quien lo había recibido, dejando otra vez un escándalo a su paso.

Sin muchos elementos de juicio, me convencí de que a esa hora debía drogarse sin tolerar dilaciones. Algo había que imaginar. También nos enteramos de que había sitiado al propietario de una estancia en donde se había instalado por varios días hasta colmarle la paciencia.

Luego desapareció, sustituido por la estela de protestas internacionales.

Sus preguntas de aquella noche mostraban la natural confusión de alguien que recorre en un mes una parte no homogénea del mundo, prende sus datos con alfileres y pretende descubrir que el mundo es simétrico y a su gusto. Se había negado rotundamente a aceptar como algo posible que un grupo de católicos uruguayos fuera una agrupación de izquierda. Luego sus notas se reunirían en un libro de sabiduría previa que saboreamos como un escalón más en nuestra subida hacia el escepticismo.

Un tiempo después, en Nueva York, Enrique se lo cruzó una mañana cerca de la revista *Time*, que ese día traía en la tapa su cara más sioux. Naipaul lo miró fijo y Enrique supo que estaba recordando. No hubo saludos.

La penúltima historia la tengo de García Márquez, que se lo encontró en una reunión londinense. El colombiano abrió los brazos solidarios al de Trinidad y Tobago—que, aunque hindú, allí había nacido— saludándolo como al otro caribeño de la reunión y recibió una géli-

da respuesta: “Usted será caribeño, yo soy británico.” García Márquez asegura haberlo oído llevar cuentas orgullosas de cuántos títulos estaban presentes: que si un duque, que si dos condes. No recuerdo si él ya era “sir”, y si este grato encuentro fue antes o después del Nobel del que sí era caribeño. —

— IDA VITALE

POLÍTICA IRÁN Y CUBA

Hace cinco años, más o menos, cuando no tenía blog y sí, en cambio, una empresa de producción editorial, tuve ocasión de editar el catálogo de una exposición de nuevo arte iraní que tuvo lugar en Barcelona: *Iran sota la pell* (Irán bajo la piel) reunía la obra de la última generación de artistas persas, crecidos y formados después de la guerra contra Iraq. Leyendo atentamente los textos del catálogo y conversando con varios de los artistas invitados (Shirin Neshat, Farhad Moshiri, Marjane Satrapi, Farshad Fadaian, Ila Golparian...) me di cuenta de hasta qué punto las ideas preconcebidas que yo acumulaba sobre ese país tenían muy poco que ver con la realidad.

Por entonces, la mayoría de los pronósticos de los “expertos” coincidía en que Irán se dirigía hacia un cambio, y que los tremendos contrastes que mostraba su sociedad incubaban una transformación inédita dentro del Medio Oriente.

Sin embargo, yo no podía evitar tejer numerosas coincidencias entre el “caso cubano” y la realidad persa contemporánea, estimulado por las numerosas analogías que me parecía ver entre aquellos artistas y la llamada Generación de los Ochenta cubana. Así que me puse a leer sobre el asunto. Y estas fueron algunas de mis conclusiones de entonces:

Al igual que la Revolución cubana, la Revolución islámica de 1979 había trazado una especie de cesura histórica e ideológica con algo que, resumiendo, podríamos llamar “Antiguo Régimen”. La gigantesca transformación de las referencias ideológicas trajo consigo no sólo



Foto: Ahmed Saber

Irán: mujeres en rebeldía.

la emergencia de nuevos actores sociales, sino también una nueva retórica y una nueva mitología política. Las conmociones sociales, demográficas y urbanas, típicas de las sociedades modernas, así como el fenómeno de la educación masiva, resultaban bastante parecidas en ambos casos.

Como sucedió en Cuba, la Revolución islámica colocó el pasado vencido bajo la advocación de una figura casi satánica: Estados Unidos—lo cual no ha impedido una profunda influencia norteamericana a través de la simbología cultural, en su más amplio sentido.

En ambos países, el corte revolucionario trajo aparejada una diáspora masiva e influyente, sometida a una intensa y desgastante polémica interna. (Por ejemplo, para un cubano del exilio la teoría del novelista iraní Gholam Hossein Sa'edi sobre la división entre refugiados—*avareh*—y emigrados—*mobajer*—resultará extremadamente familiar.)

Se trata, también, de naciones singulares dentro de sus contextos geopolíticos inmediatos (América Latina y Medio Oriente), que han convertido una supuesta “excepcionalidad” en piedra de toque de su política, utilizando

el nacionalismo para la confrontación con Occidente.

En cuanto al funcionamiento político interno, difícil sería no ver a Fidel Castro como un ayatolá tropical, y al vetusto Comité Central del Partido como nuestro Consejo de Guardianes. Es cierto que el régimen islámico es una teocracia mientras que el socialismo cubano se proclama ateo. Pero ¿hasta qué punto la mitología castrista no constituye el sucedáneo de un culto religioso que ha hecho de la fidelidad al líder su último dogma? ¿Y hasta qué punto no está Cuba dejando de ser un país realmente socialista para ocultar la disfunción generalizada de su economía con lo peor del capitalismo de Estado?

Por supuesto, existen también muchas diferencias sociopolíticas y culturales entre ambos países. Pero mientras conversaba con aquellos jóvenes artistas y curadores iraníes, me fui dando cuenta de una serie de afinidades estructurales entre las crisis políticas que atravesaban ambos regímenes, y lo que me parecieran las diferentes respuestas que la generación más joven había dado a esas crisis.

Por entonces, como ya he dicho, parecía que Irán se dirigía hacia una sociedad más abierta. Los ojos y las esperanzas de Occidente estaban puestos en los *degarandichan*, “aquellos que piensan diferente”, intelectuales portadores de nuevas perspectivas, gente que, desde sus propias referencias islámicas, cuestionaba los criterios exegéticos de los clérigos en el poder. Pero los analistas y los expertos se equivocaron. El ultraconservador candidato Mahmud Ahmadineyad capitalizó el descontento y ganó, para sorpresa de muchos, las elecciones de 2005; desde entonces ha aprovechado la voluntad popular para dar forma a un régimen populista, cada vez más cerrado e intolerante.

A partir de esta realidad reciente, el contrapunteo entre Irán y el “caso cubano” se convierte en algo más que un divertimento personal o un simple ejercicio de política comparada.

Por supuesto, no soy el primero en notar estas semejanzas. Los primeros en darse cuenta han sido los actores políticos colocados a la extrema izquierda del espectro ideológico cubano, nuestros

Pasdarán tropicales. Todavía recuerdo que hace un par de años Aleida y Camilo Guevara se empeñaban en dibujar afinidades entre el Che y Mustafá Chamran ante los atónitos estudiantes de la Universidad de Teherán, para los cuales “socialismo” es casi una mala palabra.

Capaces de percibir la profunda sintonía entre Irán y Cuba, muchos políticos cubanos, y gente como Chávez, Ortega y Morales, han apoyado sin resquicios las insensatas declaraciones políticas de Ahmadineyad. Algunos analistas de inteligencia han advertido también la peligrosa afinidad entre los dos gobiernos, incluidos por la pasada administración Bush en el llamado Eje del Mal.

Pero la verdadera afinidad entre ambos “casos” tiene que ver con la manera en que el régimen cubano y el iraní han fosilizado la tradición política revolucionaria y restringido los derechos y las aspiraciones de sus ciudadanos, que ya no creen en la retórica oficial. Por lo tanto, opino que los recientes sucesos pueden dar pistas sobre la manera en que funcionaría una hipotética contestación al régimen castrista.

Un escenario hipotético

Un amigo me dice que para entender las diferencias políticas entre Irán y Cuba hay que ser capaz de imaginar el siguiente escenario.

Primavera de 2014: Raúl Castro muere sorpresivamente de un infarto. Duelo oficial. Tres días después Fidel Castro, con la barba completamente canosa pero la voz firme, reúne a la cúpula del CC del PCC y deciden hacer las modificaciones pertinentes en la legislación para convocar a unas elecciones libres al cargo de primer ministro. Al año siguiente se nombra a José Ramón Machado Ventura candidato oficial. Proceso electoral de varios meses. Clima de descontento popular tras el anuncio de nuevas restricciones económicas. Tras una moción en la Asamblea Nacional del Poder Popular, los reformistas del PCC maniobran y desentieran a Carlos Lage. Debate entre Carlos Lage y Machado Ventura en Cubavisión. Moderador: Randy Alonso. Lage acusa a Machado Ventura de aguantar las reformas que

el país necesita para superar la crisis y hace un chiste velado sobre su peluquín. Randy esboza una media sonrisa.

Se celebran elecciones abiertas para elegir al nuevo primer ministro. Gana Machado Ventura con el 87% de los sufragios. También en Miramar, la circunscripción de Lage. Pequeños brotes de descontento popular en el Malecón. El hijo de Carlos Lage organiza un mitin improvisado en la UCI para impugnar los resultados de las elecciones. Asisten miles de estudiantes. El propio Lage se une al final para pedir que se revisen los resultados de las elecciones: “Tenemos que hacer un cambio desde adentro”, dice. Una gran manifestación estudiantil, a la cabeza de la cual se colocan Lage Codorniú y Eliécer Ávila, recorre la calle Línea, desde L hasta el Puente. Se suman estudiantes de Medicina y de la Colina. Se convocan manifestaciones para los días siguientes, en la Plaza, bajo la consigna “¿Dónde está mi voto?”. Por la noche se oyen gritos de “Reviva la Revolú” y “Cambio desde adentro” en las azoteas. Caceroladas desde los balcones.

Mientras tanto, la internet cubana hierve. Ramiro Valdés ha ordenado reducir al mínimo la conexión de banda ancha desde Venezuela y una requisita pormenorizada de todas las antenas parabólicas ilegales. Yoani Sánchez y todos los blogs independientes de la isla, apoyados por una red de bloggers fuera de la isla, denuncian actos de represión y empiezan a utilizar masivamente Twitter y los teléfonos móviles para reportar lo que ocurre en las calles. Cubacel desconecta masivamente el servicio. Cientos de arrestos entre los “reformistas” y disidentes. Felipe Pérez Roque, a quien se acusa de estar detrás de las manifestaciones, es detenido y se encuentra en paradero desconocido.

Policía, ejército, destacamentos de tropas especiales y “avispa negra” vigilan de cerca los disturbios pero no consiguen controlar por entero la situación. Se habla de entre cien y doscientos muertos. Revueltas en Santiago y Camagüey. Andrew Sullivan pone una bandera cubana en su blog y reporta en vivo. Los corresponsales extranjeros —con excepción de Mauricio Vicent— son invitados

a abandonar la isla. Fidel Castro publica una “Reflexión” respaldando los resultados de las elecciones, condenando los “lamentables brotes de violencia” y pidiendo que el pueblo se una para preservar la herencia de la Revolución frente a una nueva operación del imperialismo yanqui. “Las elecciones hay que ganarlas en las urnas, no en la calle”, dice.

Hasta aquí la versión de mi amigo. Pueden agregarle más detalles jocosos. Pero mientras yo me reía a carcajadas con su relato, pensaba también en otras cosas, mucho más serias.

Fundamentalismo y cultura del doblez

El escenario anterior es falso, pero ha sido construido a partir de posibilidades reales. A diferencia de la teocracia iraní, que admite el pluripartidismo dentro de su funcionamiento formalmente democrático como república confesional, en Cuba sólo se puede votar a un solo partido. Al tiempo que elogia esta “democracia de todo el pueblo”, el régimen castrista se ha ocupado de eliminar cualquier amenaza de reformismo con purgas periódicas de las figuras que podrían encabezar un cambio desde dentro y una represión sistemática de toda la oposición interna.

Sin embargo, hay un gran parecido en el desastroso resultado que ha dejado tras de sí el fundamentalismo de las revoluciones islámica y cubana, y la manera en que la censura y la propaganda de ambos países se empeña en reestructurar y reorganizar una realidad cada vez menos “revolucionaria”. Aunque la represión iraní se extiende también al control de la moralidad pública según los estrictos parámetros de los ulemas, tanto en Irán como en Cuba todos los gestos, incluidos los más privados, se interpretan en sentido político. El control social está orientado a garantizar una especie de *brave new world* cortado a la medida de esa propaganda omnipresente. El resultado ha sido otro paralelismo inobjetable: la manera en que ambas sociedades funcionan a partir de una doble moral generalizada.

En Irán, como en Cuba, la gente trata con el régimen refugiada en la norma de la mentira. Todos mienten cuando

deben enfrentar a los Guardianes de la Revolución: en Teherán esconden las parabólicas, niegan tener libros prohibidos y alcohol en sus casas; en La Habana fingien apoyar al gobierno, asisten a manifestaciones para no buscarse problemas mientras, a escondidas, roban, estafan y hacen todo lo posible por “resolver” la supervivencia dentro de una moral cada vez más laxa. Afuera llevan el velo o se comportan como unos “comecandelas”; adentro sobreviven gracias al mercado negro y pagan con gusto al vecino la cuota de la parabólica ilegal para no tener que ver cada noche la aburrida TV oficial.

Ambos estados confesionales han generado una norma de fingimiento generalizada, al tiempo que relativizan su noción de los derechos humanos. Pero esta cultura del doblez implica también una especie de hedonismo a partir de cosas que en el resto del mundo nos parecen habituales o nimias.

Es difícil entender el significado que tienen para los cubanos unos chocolates, un par de zapatos de moda o una cena en un restaurante. El placer que todo ello proporciona no sólo reafirma una individualidad sojuzgada por la cultura de lo unánime, sino que prepara el terreno de una autonomía con respecto al Estado censor. De la misma manera que esas jóvenes iraníes que describe Azar Nafisi, capaces de redescubrir su propia libertad mientras leen *Lolita* en Teherán, agradecían a la República Islámica por haberles hecho descubrir y codiciar como objetos preciosos cosas “occidentales” tan sencillas como una fiesta, un helado, una risa en público o un lápiz labial.

¿Cuánto del idealismo contestatario que se respira en esas tertulias literarias descritas por Nafisi no está hoy presente en los itinerarios bloggers de Yoani Sánchez y sus amigos?

En Cuba, como en Irán, quienes se declaran abiertamente opositores no han conseguido movilizar a la mayoría de la sociedad. No sólo porque sufren una represión constante, sino porque no conectan con la incomodidad generalizada de los jóvenes, con ese reclamo de libertad individual sojuzgado por la doble moral del castrismo y sus ayatolás. Hastiada de política, la juventud cuba-

na quiere escapar de ella por todos los medios posibles, incluido ese exilio apolítico que a las generaciones anteriores les resulta —con razón— un contrasentido.

En cambio, los bloggers cubanos han iniciado una contestación en la que reivindican, sobre todo, el derecho a la individualidad y a la diferencia. Y lo vienen haciendo —hace apenas un par de años— con la ayuda de las nuevas tecnologías. Dentro de diez años, cuando Cuba esté conectada a internet y los teléfonos móviles se hayan triplicado, es posible que una nueva generación de cubanos descubra que los nuevos medios pueden ser también eficaces armas de movilización colectiva contra un sistema político cada vez más cerrado e irrespirable que sólo piensa en perpetuarse y que está dispuesto a usar la fuerza para impedir cualquier amago de cambio real. Entonces bastará que se pregunten dónde está su voto para que toda la mentira empiece a resultar insoportable. —

— ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO

LITERATURA A UN SIGLO DE JOHN FANTE

Se llama John Fante y sus limpiaparabrisas no funcionan. Es su primer coche, la primera noche que llueve, ese año, en Los Ángeles. Es 1936, tiene veintisiete años, quiere dejar, un rato, la máquina de escribir en el ático de Long Beach donde termina su primera novela. Regresa al ático, termina, le escribe una carta a Carey McWilliams: “*Camino de Los Angeles* está terminada y yo estoy encantado, chico. Espero enviártela el viernes. Parte del contenido pondría de punta los pelos del culo de un lobo.” Es la primera vez que escribe sobre Arturo Bandini, su álter ego, le gusta, le entusiasma, la entrega pero se publica hasta 1985. Escribe otras dos al hilo, *Espera a la primavera*, *Bandini* (1938) y *Pregúntale al polvo* (1939). A los setenta y dos años, le dicta, ciego, a su mujer, desde la cama, *Sueños de Bunker Hill* (1982), la cuarta y última novela de la saga Bandini. Recuerda, en la novela, ese tiempo cuando recorría

de noche las calles de Los Ángeles, en su coche. Cuando llovía, cuando atascado entre frases, resolvía recorrer las calles al volante, acompañado de un limpiaparabrisas que nunca funcionó.

Viejo, desde la cama, vuelve al mismo momento, al mismo personaje que lo ocupó en su primer libro. Un protagonista que lee y escribe, que se rompe la camisa en nombre de una mujer, un católico, de ascendencia italiana, que pertenece a una familia pobre. Además de los cuatro libros protagonizados por Arturo Bandini, escribió *Llenos de vida* (1952), *La hermandad de la uva* (1977). Póstumamente se publicó la primera novela, *Un año pésimo* (1985), *Al oeste de Roma* (1986), algunas compilaciones de cuentos y una selección de su correspondencia. Ahora que los títulos y las fechas entre paréntesis están exhaustas, digamos que Fante nació en 1909, en Boulder, Colorado. Empezó a escribir a los veinte años, publicó su primera historia en *The American Mercury*, colaboró en diversas publicaciones de Estados Unidos. Fue guionista de Hollywood, su crédito corrió en varias películas. Murió a los setenta y cuatro años, en 1983. Volvamos al limpiaparabrisas que no funciona.

John Fante regresó, al final de su vida, a Bandini, del mismo modo que volvió, de libro en libro, a las características del mismo personaje. En su obra pasean cuatro protagonistas: Arturo Bandini, Dominic y Henry Molise, y otro que, sin escalas, se llama John Fante. Pero podrían llamarse igual. El carácter de un protagonista se parece mucho al del otro. Son escritores que desearon ser beisbolistas, pero descubrieron una biblioteca. Descubrieron a Dostoievski, Flaubert, Maupassant, a Nietzsche. La lectura, cardinal, los convierte en críticos. Transforma la lectura ese modo de ser, esa forma de expectorar frases. Ese modo de ser que lucha contra sí y contra su historia.

¿Y qué narran desde esa forma de ser? El tema central es la familia. Bandini, Molise y Fante son, antes que

escritores, hijos. Hijos de un albañil autoritario. La familia, la condición del hijo, es la fuerza gravitacional de la obra. Ser hijo de un hombre que lo observa sentado, con un libro en las manos, como si observara a un perro soltando pelos en el sillón. Hijo de un hombre que maldice en italiano y que, de novela en novela, desafina cada vez peor el *O sole mio*, un albañil que detesta en partes iguales a su familia (era juez, jurado y verdugo; Yavé en persona. Nadie le llevaba la contraria sin que hubiera pelea. Le fastidiaba casi todo, en particular su mujer, sus hijos, sus vecinos, su iglesia, su párroco, su pueblo, su estado, su país de adopción y su país de origen). Hijo de una madre dedicada a su familia, de aspecto descuidado (pobre mamá, ni siquiera Christian Dior habría mejorado su aspecto), una católica entregada a las cuentas del rosario.



Una madre que cocina una lasaña suculenta haciendo de una mesa la verdadera patria. *La mamma y la cucina. ¡La famiglia!*, una que rige la literatura de Fante.

Un padre que coloca un ladrillo sobre otro, una madre que cuenta sus rezos, unos hermanos que suman un día al otro y un protagonista que coloca una frase después de otra. Si hacemos las cuentas, ¿qué hace de la obra de Fante algo más que un álbum familiar o los diarios de un escritor en ciernes? El carácter de los personajes. Es una literatura que lee y escribe el carácter. Poco importan las frases estilizadas, la economía de los diálogos, las descripciones sin límites, acaso los puntos flacos de Bandini. Pero son libros en los que el detalle de un limpiaparabrisas inservible, una madre preparando una pasta o una llamada telefónica a la mitad de la noche son anécdotas suficientes para novelar. Importan, en todo caso, las frases que construyen esos personajes, sus opiniones, esas palabras que son su carácter.

A un siglo de su nacimiento, releer una novela fascinante como *La hermandad de la uva* o una bastante débil como *Un año pésimo* es volver a algo que sólo está en la voz de los libros de John

Fante. Esas anécdotas ordinarias, provenientes de la vida cotidiana, que son suficientemente anodinas para dejar que la literatura haga su trabajo. Esas frases puestas una después de la otra, así, como lo hace un albañil, en aras del carácter de los personajes. Esas palabras que construyen el carácter y que son la grandeza de su literatura. Y de la literatura. —

— BRENDA LOZANO

BOX

ALEXIS ARGÜELLO (1952-2009)

En *The Sweet Science* dice A.J. Liebling que el artista —y en su opinión el boxeador es, por supuesto, un artista— requiere de una “cuota razonable de sufrimiento” para ejercer su oficio.

¿Qué tan razonablemente sufrió Alexis Argüello, el hombre que se mató con un tiro en el pecho el pasado primero de julio? No es fácil decirlo: fue una vida de luces y sombras. Nació en Managua. Su familia fue lo bastante pobre como para que se decidiera a vivir de los guantes, pero lo bastante cuerda como para que no quemara su adolescencia en el presidio o las adicciones, a la manera de Tyson o Sonny Liston. Se fogueó durante dos años en el rigor austero del amateu-rismo, desde los 14 hasta los 16, cuando por fin, según le contó a Peter Heller (“*In this Corner...!*” *42 World Champions Tell Their Stories*), ganó sus primeros siete dólares. Perdió su casa en el terremoto del 72, aunque pudo construir otra porque a esas alturas el boxeo le dejaba algunos córdobas en el bolsillo a fin de mes, algo de lo que no podían presumir muchos compatriotas.

Aún no era millonario, pero parecía destinado a serlo. En 1970 apareció por Managua un tal Rubén Púas Olivares. Argüello se empeñó en fungir como *sparring* del mexicano y consiguió cimbrarlo en el primer round con un fuerte derecho, a cambio de la subsecuente, inevitable golpiza. A esa pelea siguieron varias otras, ya oficiales, que con-

cluyeron con el campeonato nacional. Luego empezaron a llegarle los rivales de otros países, incluidos quince mexicanos, todos salvo uno derrotados por ese joven espigado y fibroso que pegaba como patada de burro. Por fin, tumbó al canadiense Art Hafey, que le cedió el camino para perder la pelea por el campeonato mundial contra Ernesto Marcel, en febrero del 74. Y entonces, como en una película con mal guión, se cerró un ciclo y se abrió otro, como para que no se le olvidara que estaba destinado a una vida de bandazos.

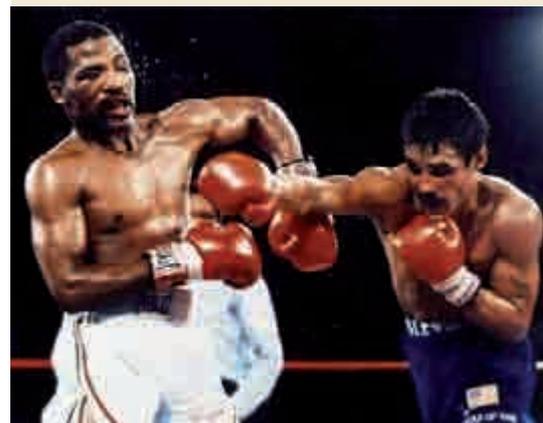
El que se abrió fue un ciclo boxístico, un ciclo feliz. En noviembre se enfrentó de nuevo al *Púas*, esta vez por el campeonato de los pluma. Durante trece rounds, Olivares cabeceó con elasticidad y rapidez, bloqueó rápido y fácil, encimó con astucia a un contrincante que le sacaba doce centímetros. Si se resolvía por decisión, la pelea no dejaba dudas. Pero al *Púas* lo del entrenamiento nunca se le dio bien y las fuerzas empezaron a abandonarlo. Por fin Argüello conectó un derechazo y puso al campeón en la lona. Un segundo golpe, instantes después, le dio el campeonato por nocaut técnico. Se graduaba uno de los grandes boxeadores de la siguiente década, el que ganó 82 peleas de 90 y dominó tres categorías. Un fajador temible al que sin embargo se recordó siempre como a un caballero incapaz de truculencias en el ring o resentimientos fuera de él, como demuestra su amistad con el *Púas*, su víctima, pero también con Aaron Pryor, que lo venció.

Sin embargo, no tardó en abrirse el otro ciclo, el negro, el de la política. Tras el combate, Olivares se le acercó, lo felicitó y le aseguró que lo recordaba, que ya el día del *sparring* supo que estaba frente a un campeón y que si entonces no se lo dijo fue para evitar que se “volviera loco” y se torciera su camino. ¿Le habrá llamado la atención el atuendo de Argüello, a él, no ajeno a las veleidades de la política? El nuevo campeón vestía una bata roja y negra con las siglas del Frente Sandinista. El porqué es un misterio que anuncia, justamente, un camino que se tuerce. La guerrilla estaba todavía a tres años

de hacerse con el poder, pero iba bien encaminada. Quizás Argüello supo entenderlo y, precavido, decidió mandar un mensaje amistoso. De nada le sirvió. Ya en el poder, el sandinismo expropió sus propiedades y cuentas de banco como represalia por haber desfilado con la Guardia Nacional, a mayor gloria de Somoza, en 1975.

Su respuesta fue dramática. En 1983 dejó a su familia en Miami para irse a pelear con Edén Pastora. Fue una experiencia breve, porque descubrió pronto que la Contra y los sandinistas competían en “brutalidad”, pero bastaría para desencantarlos de cualquier militancia... por un rato. Debido a un problema cardíaco, o así lo declaró, abandonó el boxeo en 1986. Llegaron entonces las sombras, ya sin muchos paliativos. Como al personaje que interpreta Anthony Quinn en *Requiem for a Heavyweight*, lo que derrotó a Argüello fue la jubilación. Tenía 34 años, mucho dinero y ningún oficio. En la entrevista con Heller, de ese año, insiste demasiado en su determinación de sobrevivir, en que la vida está llena de posibilidades, en que los abusos con la coca han quedado atrás. Desde luego, esa insistencia oculta una melancolía no ajena al resentimiento. Argüello se despacha con los sandinistas, pero también con la Contra, la corrupción que permea al box, la miseria que inunda a su país: un mundo negro. Habla de crear un sindicato de peleadores, pero también de su amor por los pobres y de meterse a la actuación. Conforme al cliché, intentó volver varias veces al cuadrilátero. Acabó en la política, y donde menos podría esperarse.

En 2004 el mismo *Caballero del Ring* que había extendido su espíritu de cruzado a las colinas nicaragüenses para defender a su país del comunismo apareció en las boletas como candidato a vicecalde de Managua por los sandinistas, y no precisamente en el momento más cristalino de su reputación. Lejos estaban los tiempos en que The Clash cantaba a la pureza de los arcángeles guerrilleros. Daniel Ortega, acusado de corrupción y abuso de menores, había vuelto al poder no por un halo de santidad renacido, sino por la desesperación del votante,



Argüello: puños como patadas de mula.

los fracasos de sus antecesores y el dinero venezolano. El ex guerrillero apeló al más querido de los deportistas nicaragüenses, que, no tan sorpresivamente, aceptó su oferta. Ortega necesitaba una dosis de legitimidad popular; Argüello, ocupación y baños de multitud: un poco de luz. Un matrimonio de conveniencia que acabó mal.

En noviembre de 2008 el campeón se hizo con la alcaldía de Managua tras unas muy turbias elecciones. Mordió más de lo que podía masticar. En la calles se multiplicaron los chistes y los insultos por las cuotas de ineficacia y abuso de poder alcanzadas en su administración; los comentaristas se referían cada vez más abiertamente al tonto útil de Ortega, al títere. La presión le dio para aguantar cinco meses: el hombre que años atrás pidió que le “escupieran la cara” si volvía a la política decidió no esperar un nuevo ciclo y se aplicó un castigo mucho más cruel.

Como pago a sus lealtades, el gobierno sandinista decretó tres días de duelo. Más importante, sin duda, le hubiera resultado ver a la multitud que perdonó sus veleidades políticas y siguió a su ataúd por las calles. La jubilación lleva a muchos deportistas a la tribuna política: ahí está el mesianismo populista de Maradona o el desbarrancamiento electoral de Carlos Hermosillo. A diferencia suya, ambos, sin embargo, han sobrevivido a ese escenario. No es difícil entender por qué: la política latinoamericana no es propia de caballeros. —

— JULIO PATÁN

LITERATURA

ISMAÍL KADARÉ: UN VIAJE A ALBANIA

“No llegué a la literatura desde la libertad, sino a la libertad desde la literatura.” No dejaba de pensar en esta frase dicha por Ismaíl Kadaré en los noventa, mientras veía por la ventanilla del avión las montañas, el paisaje árido y abrupto que anunciaba el arribo a Albania.

Tenía la sensación de llevar a cabo una misión tan absurda como la del general Ariosto en la novela *El general del ejército muerto*. Después de enviarle algunos faxes a Kadaré a su estudio del bulevar Saint Germain, en París, solicitándole una conversación, recibí una breve llamada telefónica del autor citándose en Tirana. Era mayo de 2001.

Absurdo desde la agencia de viajes cuando pedí el boleto y me respondieron: “¿Tirana? ¿Albania? Ay, señorita, ¿dónde queda eso?”

En fin, hay oportunidades que no se piensan dos veces, y la posibilidad de hablar con Kadaré sobre su obra era motivo suficiente para cruzar el océano.

En la Tirana de la primavera de 2001 no había turistas. Los aviones que aterrizaraban en el Aeropuerto Internacional de Rinas, construido en la época del régimen comunista, traían consigo a emigrantes albaneses que trabajan en algún punto de Europa, diplomáticos, hombres de negocios o comerciantes españoles, alemanes, japoneses e italianos, algunos de dudosa actividad, y militares que por sus insignias se sabía a qué país de la OTAN pertenecían.

En la sala de migración, caótica y sofocante, comprendería las palabras de Ramón Sánchez Lizarralde, el traductor al español de la obra de Kadaré: “¿Quieres ir a Tirana a entrevistar a nuestro autor? ¡Qué osada!” En un reducido espacio nos encontrábamos alrededor de cien personas con pasaporte en mano y forma migratoria; en una esquina, un grupo de jóvenes musulmanes que, por el fastidio en sus

rostros, se entendía que esperaban horas. Un italiano en voz alta hizo un comentario de mal gusto y un policía albanés lo reprendió e inició una acalorada discusión. El ambiente era tenso. Las colas no avanzaban, los agentes revisaban cada documento minuciosamente. La pista de aterrizaje estaba rodeada por militares que portaban AK-47. “Normalmente no es tan complicado”, agregó Ramón. “Me imagino que toda esta agitación es por lo que está sucediendo en Macedonia. Quizá tengan temor de algún atentado.”

A principios de aquel mayo, con el fin de aislar y dispersar a los grupos terroristas y crear condiciones normales para evacuar a la población de las zonas de conflicto, las fuerzas federales macedonias intensificaron los ataques contra la guerrilla albanesa, el llamado Ejército de Liberación Nacional (UCK) que, desde febrero, estaba atrincherao cerca de Tetovo, al noroeste, y en Kumanovo, al norte de Macedonia.

En una emboscada, la insurgencia albanesa mató a varios soldados y policías. La respuesta de grupos macedonios eslavos no se hizo esperar: en la ciudad de Bitola destruyeron comercios establecidos por albaneses; en Skopje, capital macedonia, se llevó a cabo un atentado contra la embajada de Albania y hubo disparos en un café que era punto de reunión de albaneses. Había toque de queda en varias ciudades. Iniciaba la diáspora de refugiados albanomacedonios hacia Kosovo y el sur de Serbia.

En esos días Kadaré declaró al Institute for War & Peace Reporting que lo fundamental era detener la matanza en los pueblos albaneses y que todo el mundo debía trabajar para salvar a Macedonia; bajar las armas era la única forma responsable para llevar a cabo las acciones y el camino correcto para lograr la paz era el diálogo.

Albania era y es la Babel de la península balcánica, y es el segundo país más pobre de Europa, después de Moldavia, con casi cuatro millones de habitantes repartidos en 28 mil 748 kilómetros cuadrados. En promedio, un ciudadano albanés habla al menos dos idiomas.

En ningún lugar del orbe he observado tantos automóviles Mercedes Benz, la gran mayoría introducida a través del mercado negro. Existían dos millones de armas automáticas en manos de la sociedad civil; de alguna manera eran las reminiscencias del antiguo precepto del *Kanun*, código de derecho consuetudinario albanés, que tan bien explica Kadaré y que es el protagonista medular del relato *Abril quebrado*: “el albanés toma venganza de sangre sólo con el fusil”. Por supuesto, el actual Código Penal y el sistema legal albanés no hacen referencia ni reconocen el *Kanun*.

Albania es la fusión de Oriente y Occidente. Continuando la milenaria tradición bizantina todo se compra, se vende, se acuerda y se arregla en los cientos de cafés poblados por personas que fuman y discuten. El aroma del *kafé* inundaba las destruidas calles de Tirana, así como el polvo que se desprendía de las obras de una ciudad en reconstrucción. Las tarjetas de crédito y cheques de viajero no tenían ningún valor, no había bancos ni casas de cambio.

En la plazoleta de la Banca Central— institución que cumplía sólo la función de llevar a cabo transacciones financieras con el extranjero— se encontraban ora treinta, ora cincuenta tipos que en un bolsillo del pantalón tenían un grueso rollo de dólares y, en el otro, un fajo de *lekes*, a plena luz de día. ¿Cuál era el tipo de cambio? Sólo ellos lo sabían.

La presencia de Kadaré se palpaba en las vitrinas de las librerías, en las cuidadas ediciones de Onufri; y en el *lobby* de un distinguido restaurante en que aparece en una fotografía saludando al dueño. Su imagen—dictando una conferencia— fue el *spot* de televisión durante el receso de la final de fútbol de la Liga de Campeones de Europa en 2001.

Desde hace más de una década las paredes de la universidad, de escuelas y de bibliotecas guardan un espacio para una foto en especial: Kadaré recibiendo el galardón de la Academia Sueca de la Lengua. En otoño seguramente habrá un retrato del escritor recogiendo, en



Foto: © Ulla Morten

El fundador de la novela albanesa.

Oviedo, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2009.

Ismaíl Kadaré forma parte de la llamada “generación de los sesenta”, junto con Dritëro Agolli, Fatos Arapi y Drago Siliqi, que rompe con los criterios literarios soviéticos y renueva la narrativa albanesa recuperando la herencia de las epopeyas y el cuento popular y aplicando las innovaciones de la literatura universal, principalmente la europea.

De esta cofradía, Kadaré destaca por el vigor de su voz. Testigo literario de la Europa de la segunda mitad del siglo XX, su visión abarca la invasión fascista durante la Segunda Guerra Mundial; el régimen estalinista y despótico de Enver Hoxha, que orilló al escritor en septiembre de 1990 a exiliarse junto con su familia en París; hasta un fin de milenio marcado por la cruzada racista —encabezada por Slobodan Milosevic— que llevó al éxodo y genocidio del pueblo albanokosovar.

Tras años de autoexilio en Francia, actualmente el escritor divide su tiempo entre Tirana y París. La mayor parte de su obra fue escrita y publicada en

Albania bajo el régimen comunista; sus primeras ediciones fueron de poesía: *Líricas* (1953) y *Ensoñaciones* (1957). Concibe su primera novela, *La ciudad sin anuncios*, relato oscuro, radicalmente opuesto a lo que se decía entonces que era lo moralmente sano de la sociedad socialista, siendo estudiante en el Instituto Gorki de Moscú, en 1959. Con esta obra Kadaré se convierte en el fundador de la novela albanesa, fusiona la lengua unificada y el albanés dialectal e introduce, por primera vez, el pulso de la vida urbana.

Su prestigio crece en 1970 con la aparición en francés de su novela *El general del ejército muerto*, editada en Albania en 1963, y se afianza con las obras *Los tambores de la lluvia* (1969), *El largo invierno* (1977) y *El palacio de los sueños* (1981).

Desde la terraza del Hotel Tirana se apreciaba el centro y los edificios principales de la capital albanesa: la sede de la Ópera, el Museo de Arte, la Banca Central, un parque desangelado, sin árboles, que por las tardes cobraba vida gracias a un carrusel y una rueda de la fortuna. Más allá, una pequeña

y hermosa mezquita con un minarete, la torre del reloj y un edificio de cuatro plantas de color amarillo que es la Secretaría de la Defensa; estos son como los describe Kadaré en sus novelas *El palacio de los sueños* y *Noviembre de una capital*. Una épica escultura ecuestre de Scanderbeg anunciaba la avenida principal que culminaba en la rectoría de la universidad, en el más apegado estilo arquitectónico socialista.

A Kadaré no le gustan las entrevistas. Lo caracteriza un agudo sentido del pudor en el momento de ofrecer detalles personales y juzga, con singular aspereza, el manejo de la información en la mediática sociedad occidental. Su personalidad es sobria; sus respuestas concretas, parcas. Ocasionalmente esboza una sonrisa.

Yo quisiera saber el color de sus ojos detrás de los lentes con vidrios ligeramente ahumados. Saber cómo construye ese universo literario —extenso e inquietante— donde el tiempo se transforma y relata el itinerario de la tragedia o comedia humana, el debate entre el individuo y el poder totalitario.

Conversamos durante un par de horas en compañía de su esposa Elena, auxiliados por Sánchez Lizarralde. Sobre la mesa puse un pequeño micrófono especializado en aislar ruidos ambientales; instintivamente Kadaré —estaba sentado— se echó para atrás. El gesto me remitió a su novela *Spiritus*, como si estuviéramos ante uno de los miles de *grillos*, micrófonos espías chinos, colocados por la Sigurimi: la policía secreta de Hoxha.

En aquella terraza del Hotel Tirana, en la primavera de 2001, no podíamos imaginar que en unos meses el mundo cambiaría tras el 9/11. Quizás Ismaíl Kadaré, que en su obra transfigura el itinerario de los siglos para que los lectores acompañemos a caballo los correos de sueños, recorramos los laberintos y sótanos de la opresión, escuchemos la verdad en voz de los muertos y removamos los alcances de lo absurdo, hoy tenga respuesta a su propio cuestionamiento: “¿Por qué la humanización de la humanidad es tan tímida?”—

—ENZIA VERDUCHI

publicidad

VISA PARA IR A VER OSOS

En verano, sin aviso previo y sin estar preparadas del todo para atender las miles de solicitudes, las autoridades canadienses impusieron con nocturnidad la visa para entrar a su país y se llevaron una merecida rechifla de la opinión pública nacional. En Polanco, como modernos Persiles y Sigismundas, los nacionales luchan a brazo partido con el caos de esta moderna historia septentrional: requisitos absurdos, venta de lugares para mejorar el lugar en la fila, citas tumultuosas a la misma hora. Y sobre todo muchos viajes reservados y pagados irremediablemente perdidos. Todo ello es inaceptable, pero ¿alguien no obnubilado por el nacionalismo se ha preguntado sobre las razones de nuestro socio en el TLC para imponer ese requisito a los inocentes mexicanos? Dejemos de lado que en una reciente encuesta hemos sido calificados como los peores turistas del mundo, superados tan sólo por los norteamericanos: grosería e ignorancia aunados a la gracia natural del rico mexicano que piensa que puede tratar a todo el mundo con el respeto con que trata a sus criadas... y centrémonos en el pequeño detalle de que las solicitudes fraudulentas de asilo pedidas por los mexicanos los últimos años en Canadá estaban poniendo en riesgo, por saturación, la proverbial hospitalidad de los canadienses ante los perseguidos del mundo entero. Un filón burocrático, que te da ciertos derechos de residencia y sustento por años mientras se aclara tu caso, y el boca a boca hicieron su trabajo y en una espiral incontenible miles de mexicanos se denigraron como víctimas de abusos imaginarios con tal de vivir fuera de nuestro lindo país. ¿Y aún así nos sentimos ofendidos por las medidas defensivas decretadas desde Ottawa? —

— RCG

EL PUEBLO VS. LA PALABRA

De la serie de televisión *Mad Men*, una escena: varias mujeres en una oficina cuchichean. Un libro, ajado y bien vivido, cambia de manos. Más cuchicheos y risas nerviosas. Una de ellas lo hojea. *Ese libro atrae a las personas incorrectas*, dice una. Son los años cincuenta. El libro desaparece en una bolsa de mano.

Si hay noticia es que hace cincuenta años un juez decidió darle la espalda a las buenas conciencias y declarar que *El amante de Lady Chatterley*, la novela de D.H. Lawrence, debía distribuirse sin restricciones. Grove Press contra el Servicio Postal. Ganaron los primeros. Establecido, entonces: la libertad de expresión siempre podrá más que la obscenidad.

La máxima de entonces parecía ser: ciertas lecturas corrompen, la censura protege. Falsa la segunda parte de la cláusula y ahí está el aniversario del fallo para recordárnoslo. La primera, sin embargo, esconde algo más que una obviedad: hace medio siglo el lenguaje erizaba ciudadanos.

Las palabras parecían estar hechas de una materia distinta; el público confiaba y, por ello, había que mantener el lenguaje en el lado *correcto* del espíritu. El lenguaje se apresuraba a

salirse por los márgenes pero una inclinación mustia, un miedo genuino, algo hacía que los lectores prefirieran detener ese torrente. Un algo ahora perdido. Por fortuna para las libertades. Por desgracia para las palabras.

De la querrela entre el editor y el servicio de correo quedó eso: el necesario espaldarazo a la expresión libre y un empujón hacia una escritura insignificante. Disculpen la nostalgia pero, vista hoy, la palabra escrita hace cincuenta años parece tan desbocada, tan imponente. —

— PD

BORGES POTENCIAL

Que en las casi 1,600 páginas del diario de Bioy está el mejor Borges: chispeante y lucidísimo. Que está el peor Borges: complaciente y arbitrario. Están ambos Borges y un tercero: el Borges potencial, artífice de proyectos imposibles, inconclusos, malogrados —el Borges que ya no fue.

Resignadamente inéditas quedarán, al menos, estas obras:

—Un soneto enumerativo y aliterante en “cuyos tercetos —apunta Bioy— no recuerdo cómo justificamos el verso *los molinos, los ángeles, los eles*”.

—Un cuento policial que trataría sobre un doctor Preetorius, “un alemán vasto y suave, director de un colegio, donde por medios hedónicos (juegos obligatorios, música a toda hora) torturaba y mataba a niños”.

—Un comedia también policiaca, infectada de comunistas y comisarios, cuyo primer acto fatigó a Borges y a Bioy a finales de 1966, principios de 1967, y que llevó al primero a dictaminar: “Hemos evitado la literatura. Para no cometer errores, evitamos también los aciertos.”

—Una traducción inconclusa, en endecasílabos, de *Macbeth*, que ambos abandonaron cuando Borges consideró que, en vez de traducir, sería mejor parafrasear, y cuyo trabajo hipnotizó al autor de *Ficciones* a tal grado que, cuando Bioy le platicaba de una amiga de cara flaca y caderas macizas, él respondió con un endecasílabo fulminante: “Lo que la cara pierde, el culo gana.” —

— RL



publicidad